

¿VIOLENCIA O NO VIOLENCIA?

1969 VA A SER EL AÑO DE GANDHI





Gandhi fue visto por la sociedad occidental como perteneciente al «pintoresco mundo oriental», pero millones de personas le miraron en la India como a un ser sobrehumano. En fotografías, Gandhi y Nehru, y el entierro de Gandhi.



Por JUAN ALDEBARAN

El año 1969 va a ser el año de Gandhi. Es el del centenario de su nacimiento y puede ser el de la propagación de su doctrina de no-violencia, en un momento en que la violencia se va adueñando poco a poco de las sociedades y de las relaciones internacionales. La cotización de la no-violencia ha bajado notablemente en los últimos tiempos, sobre todo después del asesinato del pastor Martín Lutero King. Hace unos años, la no-violencia, mezclada con su doctrina filial al pacifismo, abarcaba grandes sectores de la sociedad, desde los movimientos «beatniks» de San Francisco, inspirados de doctrinas y filosofía hindú en sus principales textos literarios, hasta los movimientos neutralistas del Tercer Mundo, dirigidos por el Pandit Nehru, heredero espiritual de Gandhi, pasando por los grupos orantes y sufridos de los negros americanos. Hoy apenas queda de todo ello el elemento residual de los «hippies», a punto de desaparición. La no-violencia creyó encontrarse frustrada en sus aspiraciones. El «Año de Gandhi» puede ser uno de los más violentos de los últimos tiempos.

EN la década de 1930 a 1940 el mundo tenía una figura y una contrafigura en Hitler y Gandhi. Hitler representaba la suprema fuerza; Gandhi, la suprema debilidad. Se podían elaborar toda clase de paradojas, como la de que el máximo de fuerza puede ser el máximo de debilidad y, viceversa, en la exhibición deliberada de debilidad hay una fuerza moral equiparable al heroísmo. Lo cierto es que Gandhi no conseguía prender en el mundo de Occidente más que como una figurilla un poco cómica. Fantasmal, envolviendo apenas el montoncillo de huesos recubierto de seca piel oscura que formaban su cuerpo con una especie de sábana tejida por él mismo, alimentado por unos granos de maíz, unas almendras y un poco de leche que ordeñaba él mismo de una cabra que le acompañaba a todas partes, sosteniendo la castidad absoluta

desde 1906, Gandhi aparecía ante unas sociedades que comenzaban a ser opulentas como una caricatura de sí mismo. Para millones de personas, para cientos de millones de personas, Gandhi era, sin embargo, un personaje sobrehumano. Los dos conceptos del mundo estaban radicalmente vueltos de espaldas el uno al otro. A Gandhi se le consideraba como un misterio de Oriente, como un personaje esotérico. En vano repetía él mismo que no era nada más que un político y que, como todos los políticos, utilizaba las fuerzas que eran más válidas en su momento. No se le escuchaba. En realidad, a Gandhi se le escuchó poco. No fueron sus palabras las que modificaron la política del mundo, sino sus actos que podían confundirse con no-actos. Se le relegó al «pintoresco mundo oriental».



SUD-AFRICA

MADRID JUEVES SALIDA 2'40 - 15'15 DIRECTO LLEGADA JOHANNESBURGO
LOS VIERNES VIA BRUSELAS



SABENA



LINEAS *Aéreas* BELGAS

MADRID 241 89 05 - BARCELONA 215 47 32
PALMA 22 68 46 - TORREMOLINOS 38 05 45
LAS PALMAS 26 13 62 - TENERIFE 37 21 45
ALICANTE 21 66 97 - LA CORUÑA 25 25 40



1969 VA A SER EL AÑO DE GANDHI

LA «DESOBEDIENCIA CIVIL»

En realidad, Gandhi debía por lo menos tanto a algunas doctrinas llamadas occidentales como a los textos orientales. El Mahatma decía que su vida había sido transformada por la lectura del libro de Ruskin «Hasta el final» («Unto this last»). Ruskin era un contemporáneo de Marx que predicaba en Londres, al mismo tiempo que nuevas teorías de crítica de arte, un socialismo reformista en el que la austeridad y el trabajo en común debían conducir a la felicidad. Sus libros estaban escritos en forma de cartas a las clases obreras, todo ello mezclado con recuerdos de los griegos, cantos a la artesanía y a la sencillez de la vida campesina. Quizá en el Londres imperial de Disraeli y Gladstone la ideología de Ruskin estaba un poco desplazada. Leída en 1904 por un indio esta doctrina podía ser fascinante. Gandhi decidió, con Ruskin, que «la vida del campesino y del artesano es la única que merece ser vivida». Otra influencia de Gandhi fue la del rebelde americano Thoreau, autor de la idea de «desobediencia civil», que puso como título a un ensayo que luego se hizo famoso. Gandhi leyó a Thoreau en la cárcel, donde cumplía una leve condena. El libro de Thoreau había sido escrito también en la cárcel. Era un mensaje de prisión a prisión, de Massachusetts a África del Sur —donde se encontraba entonces Gandhi— y con una diferencia de tiempo de más de medio siglo. Fue otra revelación para Gandhi. «Cuando un gobierno tiene a alguien injustamente en prisión, la plaza de un justo ha de ser también la prisión», escribió Thoreau. Henry Thoreau, a su vez, estaba influido por Ralph Waldo Emerson. Para Emerson, el hombre estaba perdiendo su único tiempo en la vida al despreciar su naturaleza contemplativa. Su doctrina era casi una religión, el trascendentalismo. Emerson creía que el occidente europeo estaba envenenando la vida natural de la América libre y nueva y que había que desprenderse del ropaje de tópicos europeos. Thoreau practicaba lo que Emerson enseñaba. «Ins-

pector de tempestades de nieve y lluvia», decía de sí mismo. Thoreau recorría los bosques y los campos y meditaba. Con sus manos se construyó una cabaña de madera y plantó su propio huerto y se hizo una especie de Robinson a una milla de su pueblo. Fuera estaba el siglo XIX «agitado, inquieto, ocupado y superficial». Pero no estaba tan lejos como para no reclamar los impuestos que debía el granjero Henry Thoreau. Es curioso que cada vez que se hace una aproximación a la historia de los Estados Unidos se encuentre en su origen una cuestión de impuestos. Thoreau prefirió ir a prisión que pagar, por razones morales, y decidió iniciar una guerra contra el Estado de Massachusetts y, en general, contra la sociedad injusta. «Cuando una sexta parte de la población de un país que se ha comprometido a ser el refugio de la libertad vive en la esclavitud, es hora de que las gentes honestas se alcen y hagan la revolución». Si todo el mundo hiciese como él y decidiese no pagar impuestos, habría empezado una revolución pacífica. Esta acción la denominaba «desobediencia civil».

LA «MARCHA DE LA SAL»

Es posible que este problema de impuestos en Massachusetts y en 1846 estuviese en el origen de otro problema de impuestos en la India de 1930. Fue la lucha contra el monopolio de la sal. El gobierno inglés, que había comenzado a perder América por una cuestión de té —la «Boston Tea Party»— iba a comenzar a perder la India por una cuestión de sal. El problema de la sal era perfectamente inhumano. La sal fija el agua en el organismo humano. La sal era necesaria para evitar la deshidratación de cuerpos sometidos a largas jornadas de trabajo bajo un sol ardiente, y el gobierno británico había advertido el gran consumo de sal de la India. Una buena carga de impuestos sobre la sal sería una excelente fuente de ingresos. Para ello había que crear un monopolio y penar la obtención directa de sal como clandestina y así se hizo. El 12 de marzo de 1930, Gandhi inició

la «marcha de la sal», seguido por unas docenas de fieles: cuando llegó a la costa, en un recorrido de unos 350 kilómetros, sus seguidores eran unos cientos, quizá unos miles, de personas que prefiguraban ya lo que son los «hippies» de hoy: unos harapos limpios cubiertos de las flores que les entregaban al pasar por los pueblos. El 6 de abril, Gandhi y sus seguidores llegaron a la costa. Hubo una pequeña ceremonia, unas plegarias. Luego, Gandhi entró en el mar y recogió un puñado de sal. Ese simple gesto fue el principio de una revolución. Miles de cortejos y millones de personas iniciaron peregrinaciones hacia la costa para producir sal ilegalmente. Las autoridades inglesas intentaron cortar estas peligrosas procesiones encarcelando a los dirigentes —entre ellos, Gandhi y Nehru—. La represión fue aumentando, se hizo brutal. Se suspendieron periódicos, partidos, grupos. Las cárceles llegaron a contener 60.000 personas. Pero el pueblo indio continuaba sus marchas hacia la sal. El problema desbordó rápidamente la cuestión del monopolio. El pueblo indio había advertido un principio de su fuerza y de cómo esa fuerza, que Thoreau apenas había intuido y Gandhi pudo desarrollar, podía quebrar la cadena del Imperio británico.

EL PROBLEMA DE LOS INTOCABLES

Pero el problema de Gandhi no era solamente el del Imperio británico. Era el de su propio país, dividido en castas y en religiones. En el fondo, Gandhi creía que esta división estaba también estrechamente relacionada con el Imperio británico, que la atizaba y la sostenía como un medio de dividir a sus enemigos. Desde un punto de vista religioso, Gandhi era ecuménico. Creía que todas las doctrinas de religión encierran un bien en sí, y que sólo los artificios políticos y sociales las mantenían en guerra. Consideraba que no hay diferencia de conceptos entre el Baghavad Gita y el Sermón de la Montaña,

y que en uno y otro se encontraba la semilla de la no violencia. Con respecto a los musulmanes, su posición era más matizada, pero no solamente no fue nunca de condena, sino de comprensión y de tolerancia. Gandhi no entendía ni deseaba entender que cuestiones de este tipo pudieran desunir a hombres que vivían bajo un mismo yugo y bajo una misma calamidad. Su primer gran ayuno, su huelga del hambre, tendría como tema la separación de castas y la terrible segregación de los intocables. En el fondo, el Imperio británico. No olvidemos nunca que Gandhi se proclamaba como esencialmente político. En las elecciones de 1932, los ingleses habían aceptado y legislado sobre el sistema de castas: los intocables debían tener colegios electores aparte, y listas electorales distintas. Sólo podrían votar por los de su casta, y la Asamblea estaría, ya por ello, dividida. Hindúes e intocables no discutían, sino que aceptaban la situación. Los ingleses encarcelaron de nuevo a Gandhi, y Gandhi inició una huelga del hambre. Estuvo a punto de morir, y la posibilidad de su muerte produjo algo tan extraordinario como la marcha de la sal. Millares de hindúes de casta superior aceptaron en público la comida que les tendían las manos impuras de los intocables, a quienes Gandhi había llamado «los hijos de Dios»: las castas firmaron un pacto, pero Gandhi siguió su ayuno hasta que los ingleses aceptaron oficialmente el pacto y reformaron la ley electoral. Sin embargo, no puede decirse que quedase definitivamente abolido el régimen de castas en la India. Es un problema como el de la segregación negra de los Estados Unidos. Si las leyes no distinguen hoy entre intocables e hindúes, las costumbres sociales no han limitado la segregación. Gandhi no tuvo ningún éxito en su lucha contra la división entre hindúes y musulmanes. Se opuso con todas sus fuerzas a la creación del Pakistán como Estado que agrupase a la mayoría religiosa. El problema religioso causaba millares de víctimas en actos de violencia, y probablemente uno de los últimos actos de violencia

Si mañana usted tuviera que hablar aquí,



llevaría un Rolex

Cuando la Asamblea General de las Naciones Unidas se reúne en Nueva York, el mejor reloj del mundo también asiste a sus sesiones.

De forma clásica y robusta, está tallado en un bloque de oro macizo.

En el interior, protegido por su sólida caja Oyster a prueba de presión, funciona un cronómetro automático oficialmente certificado.

Debido a que gran parte del trabajo se realiza a mano, se precisa más de un año para fabricar un Rolex.

Muchos hombres de estado del mundo entero consideran que es un tiempo muy bien empleado.

El Rolex que ellos llevan es el Day-Date en oro de 18 quilates con su brazalete President haciendo juego.



ROLEX

Los hombres que dirigen los destinos del mundo llevan relojes Rolex.

Relojes Rolex de España - Génova, 11 - Apartado 859 - Madrid.



**1969 VA A SER
EL AÑO DE GANDHI**

fue el asesinato de Gandhi el 30 de enero de 1948. Un joven fanático hindú, que consideraba que las doctrinas de tolerancia hacia los musulmanes eran una traición de Gandhi, le asesinó a tiros cuando comenzaba sus plegarias ante un grupo de quinientas personas. «La luz ha abandonado nuestra vida y la oscuridad reina...», fue la plegaria del Pandit Nehru.

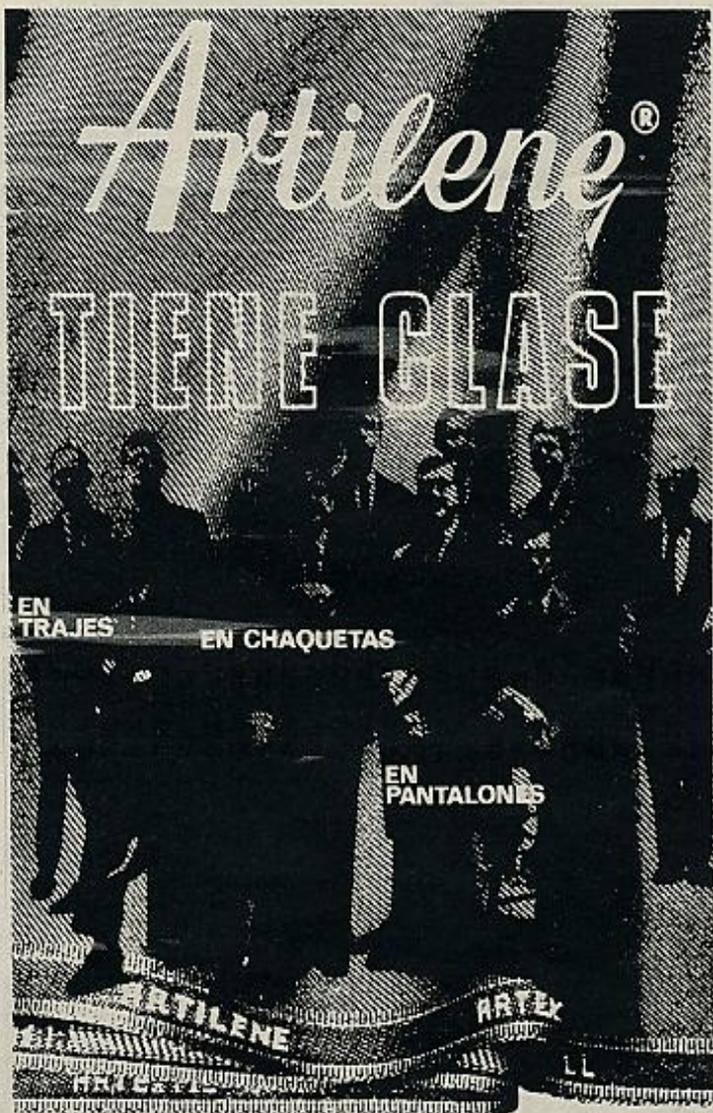
«VÍCTIMA DEL MUNDO»

Numerosos juicios críticos se emiten hoy acerca de la figura histórica de Gandhi. Se duda, en primer lugar, de que fuese solamente su resistencia civil, su no-violencia, lo que determinó la independencia del país. Se suele tener la idea de que la India entera se convirtió entonces en un país inerte, que los británicos no podían mover y que tuvieron que abandonar. En realidad, simultáneamente a la acción no-violenta de Gandhi hubo numerosos levantamientos en la India, insurrecciones armadas y hasta batallas sangrientas. El primer gran movimiento de independencia indio fue el «Indian mutiny», que en sus dos años de guerra civil (1857-1858) modificó notablemente la forma de presión británica sobre la colonia y abolió el régimen de Carta. Estos movimientos insurreccionales no cesaron jamás. En segundo lugar, la segunda guerra mundial y el temor de que la India, como reacción antiinglesa, se volviera hacia Hitler —que trató de jugar esa carta— ayudó a deshacer los lazos entre la Corona y la India. La segunda crítica que se hace de Gandhi es la de que su doctrina, tan enormemente extendida, no fuese útil más que para ayudar a vencer a un gobierno colonial, y, en cambio, resultase trágica para el renacimiento de su propio país, intoxicado por la pasividad y la contemplación, convertido hoy de una manera un poco masoquista en la «víctima del mundo», en el país que se ofrece como ejemplo de todas las catástrofes que una civilización mercantil e industrial puede causar sobre una so-

ciudad pacífica, y rechazando, por consiguiente, todas las opciones actuales que pueden ofrecerse hoy en política y en economía. Los sucesores de Gandhi —el Pandit Nehru, Indira Gandhi— parecen en estos momentos incapaces de sacudir el inmenso cuerpo caído de la India y su neutralismo se asemeja a veces a una especie de perplejidad.

En todas estas críticas puede verse, sobre todo, un reflejo de los puntos de vista actuales, de la cuestión candente de violencia-no-violencia, y en la tendencia actual de los movimientos de protesta a radicalizarse en la violencia, creídos de que las formas actuales de los grupos de poder son enteramente violentas y han segregado movimientos de defensa contra los movimientos no-violentos, mediante una fingida integración, que les asemejan a colaboracionistas.

«Debemos amar a nuestros hermanos blancos, hagan lo que hagan con nosotros. Debemos hacérselo saber. Jesús grita aún estas palabras que mantienen su eco a través de los siglos: amad a vuestros enemigos, bendecid a aquellos que os maldicen, rezad por quienes os cubren de ofensas. He aquí cómo debemos vivir...». El último apóstol de la no-violencia, Martín Lutero King, pronunció estas palabras inmediatamente después de haber sufrido un atentado —una bomba lanzada contra la veranda de su casa, en Montgomery—. El último atentado no le dejó tiempo para pronunciar ni una palabra. Le mató en el acto. Muchas personas se preguntan si esos disparos no acabaron al mismo tiempo con el último profeta de la no-violencia, y no sólo entre los negros de los Estados Unidos, sino en el mundo que protesta. En realidad, violencia y no-violencia son dos términos de acción, son probablemente una misma acción por distintos caminos, que coexisten en el mundo desde que se tienen de él nociones históricas, y que seguirán coexistiendo. En ciertas épocas, una prevalece sobre otra. En el año de Gandhi la noción de violencia prevalece sobre la de no-violencia. ■ P. B. Fotos: ARCHIVO.



ES
UN
TEJIDO

ARTEXIL SABADELL